

LA JUVENTUD COMO MOVIMIENTO SOCIAL EN AMÉRICA LATINA¹

Las sociedades dependientes son sociedades de la palabra, donde el intelectual tiene el más grande de los papeles. A veces hablan a nombre de las masas campesinas u obreras situadas fuera de la vida política: pero lo más característico de estas sociedades es que los intelectuales, y más precisamente el medio universitario, actúa para y por sí mismo, como un actor de masa persiguiendo su propia política. El movimiento de reforma universitaria de Córdoba en Argentina y sus efectos en Perú, en Chile y muchos otros países de América Latina, han instaurado por medio siglo el rol de los intelectuales. En el instante mismo en que escribo, después del aplastamiento de los intelectuales revolucionarios brasileños, 1968-1970, de los tupamaros uruguayos a partir de 1970, de los chilenos en 1973, asistimos a la última batalla llevada a cabo por estos intelectuales radicalizados, aquella de los montoneros argentinos. En el país mismo donde tuvo lugar su primera gran victoria, se acaba el ciclo de esta "intelligentsia" populista.

Alain Touraine, *Les sociétés dépendantes*, 1976.

¹ Texto extraído de *Revista de la CEPAL*, N° 29, agosto de 1986, pp. 185-191.

El texto de Touraine pone de relieve un conjunto de particularidades a menudo observadas respecto de la significación del movimiento juvenil —específicamente estudiantil y universitario— en América Latina. Suele señalarse su carácter de actor político, cuya relevancia es reconocida por la sociedad, y su capacidad para hablar en nombre de otros, postulándose de algún modo como un grupo o sector por encima de las clases. Además, puede comprobarse que el período histórico en el cual adquiere importancia se inicia aproximadamente en 1920, lo que coincide, en una serie de países, con la denominada *crisis de la oligarquía*, y que su fecha de término se ubica en la primera mitad de la década del sesenta, coincidiendo con el fin del ciclo populista. Durante el período así delimitado, se postula que la función de la juventud fue quizá semejante a la de la *intelligentsia* rusa del siglo XIX; se recurre incluso al mismo término para referirse a ella.

La comparación con la *intelligentsia populista* rusa resulta extraordinariamente atractiva, en parte porque los mismos jóvenes latinoamericanos, en los inicios de su actuación, reconocieron su influencia —en gran medida a través de la literatura—, y también por ciertas similitudes de algunos de los rasgos estructurales de las sociedades en que ambos actuaron, especialmente en lo que se refiere al carácter y papel de las distintas clases sociales. Si bien sería de interés detenerse en el análisis de las condiciones sociales de la existencia de estas *intelligentsias* latinoamericanas, como también profundizar en el porqué de su declinación, en estas notas se ha preferido destacar el contenido de sus construcciones ideológicas, o lo que podría denominarse *la formulación de sus proyectos sociales*, pues es esto en gran parte lo que las constituyó como movimiento social. Para tal finalidad se han elegido algunos momentos históricos de particular relevancia en la constitución de los proyectos sociales de los cuales la “juventud” se sentía portadora.

Tiende a señalarse la “Reforma de Córdoba” (1918) como la fecha clave del surgimiento de una ideología juvenil. Interesa anotar que si bien la tónica estuvo dada por el movimiento estudiantil, también tuvieron lugar entre 1910-1930 otras movili-

zaciones, concretamente militares, que reivindicaron el carácter y la condición de la juventud. Pueden citarse en este sentido la “Revolución de los tenientes” en Brasil (1924), y en Chile, aproximadamente en la misma fecha, el denominado “movimiento de la juventud militar”.

La nota principal de ambos movimientos fue la del conflicto con la oligarquía, hecho que es importante, puesto que la trayectoria del populismo latinoamericano está marcada por el enfrentamiento con la oligarquía y por el intento de constituir un ordenamiento político-social capaz de reemplazar la dominación oligárquica. Este movimiento antioligárquico no fue privativo de la juventud; hubo una serie de movimientos políticos cercanos a la década del veinte que se caracterizaron por tal orientación. Se trataba de los que a menudo se identifican con la llamada irrupción de los sectores medios: el primer alessandrismo en Chile, el irigoyenismo en Argentina, el batllismo en Uruguay, los distintos momentos de la Revolución Mexicana, hasta sus formas consolidadas con Obregón en 1920, y así muchos otros casos en los distintos países latinoamericanos.

El movimiento juvenil participó de estos hechos, pero no quiso asumirse a sí mismo como simple expresión de demandas de los sectores medios. Los jóvenes prefirieron concebirse —al igual que sus congéneres rusos— como una *intelligentsia*, esto es, “los que piensan por sí mismos” y no representan ningún interés social concreto. Dicho sea de paso, percibirse a sí mismos como grupo ubicado sobre los intereses de sectores particulares es un rasgo que el movimiento estudiantil compartió con el movimiento militar juvenil.

En la relación ambigua, e incluso en algunos casos distanciada, de los jóvenes respecto a las demandas de los sectores medios frente a las oligarquías, pueden encontrarse quizá algunos elementos que explican el corte a veces evidente entre la juventud, el populismo y una concepción más liberal de la política. Los jóvenes se sintieron, en cierta medida, atraídos por una reivindicación liberal, entendida esta última palabra en sentido amplio; sin embargo, frecuentemente la consideraron sólo una reivindicación

política institucional, carente de otros contenidos, por lo que se distanciaron del liberalismo puro. No hay que olvidar además la trágica significación de la Primera Guerra Mundial, que se veía como el hundimiento de los valores del liberalismo europeo.

Por otra parte, el movimiento de los jóvenes estudiantes se encontró no sólo con la crisis de la dominación oligárquica, sino además con un movimiento obrero que en muchos casos tenía una fuerte influencia del pensamiento anarquista, a la que tampoco era ajeno el movimiento estudiantil. Se señala este hecho porque influye en que no se enfrentara a la oligarquía mediante una oposición con la clase media, sino en términos de un conflicto entre oligarquía y pueblo, tema característico de la visión política del populismo. Hay tres ejes centrales, vinculados entre sí, que caracterizaron el movimiento juvenil de la época y tuvieron fuerte influencia en la conformación de su ideología, así como amplia incidencia inmediata y posterior. Se trata de la noción de *Latinoamérica* y *latinoamericanismo*, y los conceptos de *pueblo* y *nación*.

De algún modo, el “latinoamericanismo” de la juventud se vinculó al enfrentamiento con la oligarquía. Ésta se describía como haciendo gala de cierto cosmopolitismo, en el sentido de identificación con lo europeo. El modelo europeo de civilización empezó a ponerse en entredicho a partir de la Primera Guerra Mundial. Surgió por consiguiente una ideología que, frente a esa civilización en crisis, señalaba un nuevo papel para América. Es así que los estudiantes de Córdoba, al dirigirse a los estudiantes de Argentina y de América, decían:

[...] el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América, porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales, en concordancia con una amplia democracia, sin dogmas ni prejuicios.

Es de interés apuntar dos hechos significativos. El primero, que la “conciencia americana” se formó en el exilio, y el segundo,

que la toma de conciencia tuvo lugar a través de la literatura. El argentino Manuel Ugarte establecía lo siguiente:

Descubrimos dos verdades: primero, que nuestra producción se enlazaba dentro de una sola literatura; segundo, que individualmente pertenecíamos a una nacionalidad única, considerando a Iberoamérica, desde Europa, en forma panorámica. Amado Nervo era mexicano, Rubén Darío nicaragüense, Chocano había nacido en Perú, Vargas Vila en Colombia, Gómez Carvallo en Guatemala, nosotros en la Argentina, pero una filiación, un parecido, un propósito, nos identificaban. Más que el idioma influía la situación, y más que la situación, la voluntad de dar forma en el reino del espíritu a lo que conscientemente designábamos con el nombre de *la patria grande*.

Esta ideología latinoamericanista tendría, a partir de ese momento, varios desarrollos. Por una parte, habría una búsqueda de la “autenticidad e identidad” de lo latinoamericano; por otra, un fenómeno en esos momentos en ciernes y más tarde decisivo en la ideología de las juventudes: el antiimperialismo.

Respecto a las nociones del carácter de la nación y del pueblo, éstas se constituyeron en oposición a los valores implícitos de la idea de *nación oligárquica*. El pueblo se presentó como un modelo a partir del cual se formaban los nuevos valores de la nación; se constituyó casi como la forma histórica de una nacionalidad ideal, y muy a menudo fue en la literatura donde apareció con mayor claridad esta intención. Desde esa perspectiva, el pueblo posee una serie de condiciones éticas —solidaridad, honestidad— que permiten refundar la nación, frente a la corrupción oligárquica. El pueblo aparece como portador de dos objetivos que son fundamentales en la conformación de la nueva nación: la idea de justicia y la idea de socialismo. Incluso se concebía que sus formas tradicionales de organización eran protoformas del socialismo: de ahí toda la idealización ligada al indigenismo latinoamericano.

Era necesario alcanzar la unidad política de la nación, cuya debilidad la crisis oligárquica ponía de manifiesto a través de un activo consenso popular. Esto llevaba, por paradoja, a sobredi-

mentar el valor puramente ideológico de la noción de *pueblo*. Este concepto adquiriría, en esa perspectiva, casi un puro significado político: se identificaba y se agotaba en el concepto de *nación*, y sólo valía referido a ella. Se encuentra aquí también un elemento para explicar la sobrevaloración que adquiriría más tarde la noción de *Estado*, puesto que si el pueblo es el soporte de la nación y está constituido por grupos diversos y con distintos intereses, el Estado es quien constituye en la práctica la unidad nacional.

La crisis de 1929 fue determinante durante el decenio siguiente. Como muchos han señalado, además de sus efectos económicos, significó que en el plano de la ideología el liberalismo fuera considerado aún más negativamente que antes. El descontento ante este último tuvo ribetes paradójicos: abarcó tanto a los conservadores como a los innovadores. La década de los treinta fue de fuerte politización, lo que en cierta medida determinó que la autonomía de lo juvenil fuera menos importante que la opción política global. El problema de la juventud se subsumía en las opciones políticas; a este período correspondió el surgimiento de las “juventudes partidarias”. Incluso, en algunos casos, los movimientos juveniles se transformaron en partidos.

Hay que observar también cómo, a partir de 1930, y con mucha mayor intensidad desde la Segunda Guerra Mundial, tuvieron lugar en la mayor parte de los países latinoamericanos transformaciones estructurales que, ligadas a los procesos de urbanización e industrialización, cambiaron la composición de las clases y grupos sociales, así como su peso y significación. En cierta medida los estudiantes, sin dejar de concebirse como la *intelligentsia revolucionaria* movilizadora del pueblo, tendieron a percibirse también en el papel de promotores del proceso de transformación y desarrollo: de algún modo, fueron los portadores de la nueva ciencia y de la nueva técnica. Si ciertamente hubo una ideología del desarrollo, sostenida por algunos sectores sociales y políticos, a menudo quienes la formularon, elaboraron y promulgaron fueron los intelectuales universitarios.

La propuesta de modernización, que encontraba amplia acogida, tuvo por consecuencia que el conjunto de la sociedad con-

cibiera un nuevo papel de la universidad, la que ya no era vista simplemente como un foco revolucionario. Empezaba a formarse conciencia de que un Estado moderno requiere de una educación superior, y que era necesario crear nuevos intelectuales, científicos y profesionales. Éstos deberían provenir del sector social de los grupos medios, los que adquirirían así un privilegio especial. El Estado, la economía y la sociedad necesitaban a estos nuevos intelectuales y profesionales y los necesitarían aún más en el futuro; las generaciones viejas eran insuficientes, o se adaptaban mal a los requerimientos de la modernización. Los jóvenes sintieron, en este marco, que tenían cabida, y que su futuro era abierto y prometedor.

En cierta medida se abría el período de la “profesionalización” de los universitarios (aunque, claro está, en nuestro tipo de sociedades los profesionales no pierden ciertos rasgos intelectuales más amplios). Fueron ellos quienes difundieron los nuevos valores de la modernización y el desarrollo, los formularon en términos de una ideología más o menos efectiva y lograron crear una imagen colectiva de sí mismos, uno de cuyos rasgos movilizadores fue el de la existencia de un futuro promisorio cuya base era la riqueza potencial de cada uno de los países de la región.

Estos énfasis en el futuro y en el carácter creador de la ciencia y de la técnica implicaron que los intelectuales del desarrollo, y con ellos varios jóvenes universitarios, empezaran a descubrir que ni los valores de la cultura tradicional ni los valores populares podían constituir una base firme para las opciones futuras. Esto marcó una diferencia con los “populistas” de los años veinte y treinta, que pensaban encontrar en el pueblo el modelo de la nación. Fue innegable cierta orientación hacia el “exterior” que, aunque no significó una pérdida del “latinoamericanismo”, implicó un cambio de tono, al que no estaba ajena la caracterización de la región en términos de subdesarrollo.

Aunque nunca fue total la profesionalización de los universitarios, comenzaron a señalarse como rasgos peyorativos el enciclopedismo, el diletantismo y la retórica, y empezó a oponérseles la opción del especialista. El gran tema fue el progreso, y la ciencia

y la tecnología los medios para alcanzarlo. Conviene subrayar que también se pensaba en la democracia como el marco político necesario para este fin, y que los valores de progreso y democracia aparecían interrelacionados y se apoyaban recíprocamente.

La ideología del desarrollo se difundió entre la juventud universitaria, y desde ella trascendió. El desarrollo parecía una necesidad política urgente que ningún gobierno podía ignorar. Dicha ideología se constituía también en un punto de apoyo desde el cual se podía llevar a cabo la crítica social, muy particularmente en contra de la sociedad tradicional y sus representantes, a los que se acusaba de actuar como freno del ansiado desarrollo.

Si bien la idea de la alianza revolucionaria de “intelectuales, artistas, estudiantes y obreros” no aparecía ya con tanta fuerza, el desarrollismo intentaba constituirse en conciencia nacional, capaz de inspirar tanto a la elite como a las masas. El uso de tales términos es ya de por sí significativo.

En la década de los sesenta, el proceso de modernización ya no era en muchos lugares sólo una aspiración, sino un proceso real y en marcha. Los conflictos que desde ese momento surgieron estaban vinculados en gran medida a las contradicciones de la propia modernización.

La forma clásica en que los conflictos se habían planteado antes partía de la contradicción entre lo tradicional y lo moderno: ahora lo que se discutía era la dirección de la modernización y los caminos para lograrla. En suma, había acuerdo sobre la necesidad de modernizar y eliminar los obstáculos de las estructuras tradicionales, pero también una gran polémica en torno a las formas de la modernización. Uno de los temas más expresivos de los consensos, disidencias y confusiones fue el de la reforma agraria.

La opción por las vías de desarrollo, claro está, no fue sólo una discusión ideológica. La Revolución Cubana constituía una experiencia concreta; había otras alternativas, como las postuladas por la Alianza para el Progreso. Todo ello impactó fuertemente a la juventud, lo que no es de extrañar, puesto que, después de todo, estaban en discusión las posibilidades del futuro.

Si bien es cierto que se rechazaba la estructura tradicional pasada y se discrepaba respecto al futuro, conviene no olvidar que el presente planteaba los mayores problemas. En el mundo estudiantil las dificultades eran evidentes. Para algunos, la educación secundaria y superior seguía siendo aún un canal de ascenso y movilidad: para otros, ya no lo era tanto. Algunos ponían sus expectativas en una modernización que podía darles un lugar como técnicos y profesionales; otros se daban cuenta de que las posibilidades ocupacionales empezaban a cerrarse.

El problema se planteó en el ámbito universitario en términos de una polémica entre “modernización” y “reforma”. Los objetivos de la modernización eran principalmente adecuar la universidad a las finalidades del desarrollo, en especial en lo que se refiere a la asimilación y la creación tecnológica y científica. También se propiciaban cambios en las estructuras de la universidad: departamentalización, tiempo de dedicación, relación entre docencia e investigación, con miras a hacer posible una estructura más dinámica. Las palabras clave de este enfoque eran *eficiencia* y *racionalización*. Los postulados de la reforma no evadían los temas de la modernización, pero ponían mayor énfasis en la democratización, en la búsqueda de una comunidad universitaria y principalmente en temas de la función social de la universidad. Es interesante que continuamente aparecieran las palabras *solidaridad* y *justicia*, no sólo en relación con los desfavorecidos y contra la sociedad tradicional, sino como un rechazo a la orientación competitiva, individualista y profesionalizante de la universidad moderna. La demanda de justicia era también una denuncia contra la forma que adquiría el estilo de desarrollo.

En este contexto, el movimiento estudiantil se sintió fuertemente conmovido por las transformaciones políticas globales que tenían lugar en la América Latina de esos años. La tendencia a llevar los planteamientos al extremo repercutió en la polémica sobre modernización y reforma. Para algunos, la universidad “burguesa y reaccionaria” no podía correr mejor suerte que ser destruida; para otros, la universidad, “punta de lanza del caos y el comunismo”, debía ser intervenida y fuertemente purgada.

Las proyecciones de este conflicto en el plano de la sociedad son conocidas y sus resultados, a menudo trágicos, se han destacado varias veces. Sin embargo, conviene retornar al párrafo de Alain Touraine que ha servido de punto de partida de estas notas: en su planteamiento, la década de los setenta marcaba las últimas batallas libradas por los jóvenes intelectuales radicalizados. Si así fuera, ¿qué podría entreverse para el presente decenio?

Uno de los elementos de mayor preocupación actual es dilucidar el papel que pueden desempeñar los jóvenes en la consolidación o salvaguardia de un orden democrático estable en la región y en la actual situación de crisis. La preocupación se agrava por la evidente influencia de la coyuntura sobre la conducta juvenil: los efectos que pueden tener fenómenos como la marginación del mundo del trabajo o la desocupación intelectual son de innegable importancia para dicha conducta. Cabe preguntarse, además, en qué medida las conductas juveniles posibles se expresarán como movimiento juvenil.

Como se ha visto, el grupo que apareció como representativo de la juventud fue, por lo general, el movimiento estudiantil. En la actualidad es difícil pensar que se borrarán o desaparecerán las diferencias de clases o estratos sociales, para constituir un solo movimiento juvenil, pero sí es posible concebir la constitución de una identidad juvenil a partir de problemas específicos: se trata de una identidad con relación al estrato al que se pertenece y a las instituciones sociales existentes. Ciertamente se es joven campesino, joven obrero o joven estudiante; importa determinar cómo, en cuanto joven, se establece la relación con la condición campesina, obrera o estudiantil.

En América Latina no sólo se han producido cambios en el seno de cada grupo social, sino también en las relaciones entre los distintos grupos y estratos sociales. La crisis del modelo industrializador se manifiesta también como crisis de la relación entre los distintos grupos sociales que lo componían. Tiene lugar, por consiguiente, un proceso de desestructuración social que implica ruptura con las viejas identidades, lo que se manifiesta incluso en el plano político y cultural.

Además de las transformaciones aludidas, es pertinente tener en cuenta las modificaciones en la relación que los jóvenes establecen con las instituciones sociales básicas, como la escuela, la familia y el trabajo. A este respecto pueden subrayarse dos hechos que afectan a los jóvenes de los distintos estratos sociales: por una parte, la existencia de cierto tipo de exclusión, y por otra, el que los jóvenes plantean nuevas demandas que tales instituciones, tal como hoy existen, no están, por lo común, en condiciones de satisfacer. La incorporación a la escuela, por ejemplo —o incluso a la universidad—, no significa necesariamente inclusión en el ámbito de la cultura o del quehacer profesional. Incluso en ciertas esferas de la institución educacional se manifiestan los signos de una privación material y espiritual que afecta la condición juvenil. Con relación a la familia, ella es, dada la crisis, a menudo un ámbito casi obligado de permanencia: esto se transforma en conflictivo, porque afecta las necesidades de independencia de los jóvenes. Respecto del trabajo, obviamente la crisis acentúa la exclusión: a menudo la inclusión es sólo parcial o intermitente.

Puesto que las tres instituciones —trabajo, educación y familia— son los ámbitos privilegiados de la socialización, no es arbitrario pensar que la dificultad de inserción tenga como resultado previsible, en forma específica para cada estrato, una crisis de identidad y cierta orientación antiinstitucional. La pregunta es si no empieza a constituirse algo que podría denominarse “conciencia de exclusión”, donde el conflicto se establece con el conjunto de los elementos político-institucionales que definen dicha exclusión. El distanciamiento de las instituciones puede llevar a elaborar un tipo de comportamiento caracterizado por la pasividad o el retraimiento, o por el contrario, a una demanda que intenta obtenerlo “todo y al momento”. Como se puede colegir, es obvia la incidencia de tal tipo de actitudes en la estabilidad y permanencia de una opción democrática. Se advierte que una situación de crisis como la actual implica para los jóvenes cierta crisis de identidad, pero además una fuerte incertidumbre respecto del futuro. Es posible, en consecuencia, que los jóvenes intenten constituir una especie de subcultura adolescente casi como una

identidad definitiva, cuando por definición la condición juvenil es algo transitorio y, más aún, inicial.

Es cierto que los problemas aquí reseñados afectan particularmente a los jóvenes, pero ciertamente son también problemas de toda la sociedad. La crisis por la que atraviesa la mayoría de los países latinoamericanos implica opciones y conflictos. En los distintos grupos y sectores sociales, éstos se manifiestan como conflictos de intereses concretos: en los jóvenes, en cambio, tienden a constituirse sobre todo como oposiciones y conflictos de sentido. Como se ha visto, de modo genérico el conflicto clásico en América Latina fue la oposición entre progresismo y tradicionalismo, con todas las variantes que plantearon.

Sin embargo, ¿es posible postular hoy en día que éste sigue siendo el eje de la diferenciación? Muchos dudan de esto, y tienden a plantear ese eje en términos de exclusión-inclusión.² Las orientaciones que se constituyen tenderían, según este enfoque, a diferenciarse según se pertenezca a uno u otro sector.

Entre los incluidos se perciben a menudo orientaciones hacia la movilidad individual o hacia un conformismo pasivo; entre los excluidos, formas de anomia, conductas desviadas o, a veces, una fuerte tendencia a subrayar rasgos de solidaridad comunitaria, aunque frecuentemente hay en muchos de ellos orientaciones contrarias a las instituciones o por lo menos distanciadas respecto a ellas. En un contexto económico difícil, es explicable que los jóvenes rechacen un sistema político-institucional que puede parecerles puramente formal, pero también existe la posibilidad de la participación renovadora de los jóvenes en las instituciones. Es imposible predecir qué orientación predominará, puesto que son muchos los elementos que pueden influir en que se imponga la apatía y el rechazo o, por el contrario, la participación; sólo pueden adelantarse algunos elementos que influyen en una u otra opción.

² Véase el artículo de J. Martínez y E. Valenzuela, "Juventud popular y anomia", en *Revista de la CEPAL*, N° 29, agosto de 1986.

En América Latina, los jóvenes obreros y los de los estratos populares en general han tendido a comportarse más en términos de tales que como jóvenes. No obstante, la participación de los jóvenes en el movimiento sindical, por ejemplo, puede significar elementos de renovación. Hay diferencias entre viejos y jóvenes obreros; las distancias educacionales suelen ser grandes y sus experiencias sociales son distintas. Innegablemente los estudiantes —especialmente los universitarios— han desempeñado tradicionalmente un papel importante, y entre ellos es mayor la tendencia a definirse como jóvenes. Sin embargo el papel de los estudiantes estuvo muy referido al valor simbólico que en nuestros países se otorgó a la universidad, que se constituía en uno de los puntos obligados de referencia de la vida nacional, y esta situación ha empezado a modificarse. El mayor acceso a la universidad ha significado una pérdida de la condición de elite de prestigio de sus estudiantes. En la experiencia latinoamericana, la universidad cumplía el papel de “pensar la sociedad”; hoy en día existen otras instancias que también cumplen esa función. La universidad, en cierta medida, ha dejado de ser el ámbito privilegiado del debate, lo que afecta el papel del movimiento estudiantil. Probablemente existe un doble movimiento: una mayor identidad juvenil en ámbitos en que tradicionalmente ésta era débil, y una incidencia menor, aunque siempre importante, de lo que era el movimiento juvenil por excelencia.

Muchas otras transformaciones podrían apuntarse, pero conviene retomar el eje de las preocupaciones actuales. Siendo los jóvenes en cierta medida actores sociales, el interrogante es cómo pueden definir con novedad el problema de la democracia, aun en condiciones de una coyuntura poco favorable. Un sistema democrático, además de lo que implica como forma institucional, es el reconocimiento del juego entre opciones posibles y diversas. Aquí el papel de la juventud es clave: podría decirse que es a ella a quien corresponde la elaboración de lo distinto, de lo diferente de lo que ahora existe. El tema de la democratización —desde la perspectiva de la juventud— no es tan sólo el de ampliar la posibilidad de inserción en lo existente, sino también el de abrir ca-

mino a nuevas opciones y modos de constituir la relación social. Evitando una especie de mesianismo juvenil, su propuesta tendría que ser capaz de formularse como propuesta social.